

- [IDEAS](#)
- 25/08/15

Crítica de la razón democrática

Debates. El Congreso de Ciencia Política realizado en Mendoza llevó luminarias del pensamiento como Angelo Panebianco, Daniel Gaxie y Maurizio Viroli. Aquí analizan tensiones del liberalismo y el populismo.

POR **FABIAN BOSOER**

-
-
- [compartir](#)
- [tamaño a+a-](#)
- [enviar](#)
- [imprimir](#)
- [comentar](#)

- [Imágenes](#)



Alexis Tsipras y Angela Merkel. La situación griega ha sido un claro ejemplo de discusión y análisis del futuro de los sistemas políticos.

- Etiquetado como:
- [Edición Impresa](#)

En los primeros años 80, el politólogo italiano Norberto Bobbio escribía, en su libro *El futuro de la democracia*, acerca de la interdependencia conflictiva entre el estado liberal y el estado democrático y se interrogaba sobre la compatibilidad entre ambos. La democracia entendida como régimen político y forma de gobierno, o como movimiento social en la búsqueda de la igualdad y la lucha contra las injusticias. El liberalismo como régimen de libertades y garantías individuales, como cultura social y aspiración de una sociedad abierta y pluralista o como expresión de políticas económicas pro-mercado.

Tres décadas más tarde, las tensiones entre liberalismo y democracia, en Europa como en América Latina, no sólo se manifiestan en los parlamentos y en las calles, en las grandes capitales, los suburbios y las fronteras, en las sedes de gobierno nacionales y en los organismos supranacionales, sino también en el debate teórico, como se reflejó en el XII Congreso de Ciencia Política realizado la semana pasada en Mendoza a instancias de la Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de Cuyo. Allí se debatió la cuestión desde diferentes perspectivas, con exposiciones, entre otros, de Gianfranco Pasquino, Natalio Botana, Juan Gabriel Tokatlian, Roberto Russell, Isidoro Cheresky y María Matilde Ollier. También participaron Roberto Gargarella; Marcelo Escolar, Ernesto Calvo, Marcelo Leiras, Ignacio Lagos Peñas, Leonardo Avritzer, Daniela Perrotta, José Briceño Ruiz, Olivier Dabène, Andrés Malamud, Mariana Vazquez, Emanuel Porcelli, entre muchos otros. Atilio Borón, en la presentación del libro *Liberalismo contra democracia*, planteó que “la contradicción es insoluble”, en tanto el liberalismo siga siendo entendido “como expresión ideológica privilegiada del capitalismo y la sociedad burguesa” frente a la construcción de sociedades más justas y libres. Reunidos por la revista *Ñ*, el francés Daniel Gaxie, de la Universidad de París e investigador del Centro Europeo de Sociología y Ciencias Políticas, y el italiano Angelo Panebianco, de la Universidad de Bologna y conocido ensayista y columnista en diarios y revistas, protagonizaron este diálogo.

Angelo Panebianco: – La tensión entre liberalismo y democracia siempre ha estado presente. Por momentos el liberalismo es el que domina y por momentos es la democracia la que prevalece. Cuando domina el liberalismo, los derechos individuales están protegidos pero las desigualdades son más fuertes. Cuando la democracia prevalece, las desigualdades se reducen pero los derechos individuales se reducen también. Tal vez, hoy asistimos a un momento en el que el polo de la democracia busca recuperar terreno. Y esto como efecto de la crisis económica; una crisis económica asociada al capitalismo liberal, que implica desempleo, reducción del ingreso, recorte de los subsidios y de la seguridad social. El obvio efecto de ello es una reacción que incrementa la demanda por reducir aquellas desigualdades que han crecido en este período.

Daniel Gaxie: – En primer lugar yo creo que es necesario precisar qué entendemos por liberalismo, qué entendemos por democracia y qué entendemos por crisis. Sospecho que hay un problema con las terminologías que utilizamos. Desde un punto de vista europeo no estoy tan seguro de que exista una crisis. Creo que asistimos a un triunfo del liberalismo económico y también de la democracia representativa, aunque sus resultados sean hoy insatisfactorios, insuficientes, deficitarios o tardíos. Y explico por qué: contrariamente a otras épocas, como durante la Guerra Fría, no existen hoy

adversarios o enemigos que planteen un modelo alternativo (puede haberlos fuera de Europa, pero ese es otro tema). Al mismo tiempo, es cierto, los ciudadanos europeos no están contentos con sus democracias y con los resultados de este liberalismo, hay disconformidad con la marcha de la Unión Europea, aumenta el abstencionismo, se vota por partidos euroescépticos o eurofóbicos, pero a la hora de proponer o gestionar, no encuentran alternativas. Y los partidos de izquierda, de los que se esperaba en otros tiempos una alternativa de cambio, ya no la ofrecen. No solamente no la ofrecen, sino que han contribuido al desmantelamiento del estado de bienestar. Lo están haciendo en Francia hoy, un gobierno socialista que está terminando con lo que eran consideradas como conquistas laborales históricas como las 35 horas semanales. Lo que se abre entonces es un debate sobre qué entendemos por una cosa y la otra: ¿cuánta desigualdad estamos dispuestos a aceptar?, ¿cuántas restricciones a nuestras libertades estamos dispuestos a admitir? ¿Hay verdaderamente una relación entre la existencia de un régimen democrático y la reducción de las desigualdades? O, por el contrario, ¿están nuestras democracias “condenadas” a la existencia de desigualdades sociales? ¿Es posible ir hacia otras formas de representación política no estrictamente liberal?

Angelo Panebianco: – La democracia presupone la búsqueda de mayor igualdad. No así el liberalismo, para el cual lo importante es la preservación de los derechos individuales, y que el Gobierno interfiera lo menos posible. Es verdad, hay una suerte de “fin de la historia” pero no en el sentido en que se planteaba al inicio de los 90, como la llegada de un “mundo feliz”, sino más bien como un callejón sin salida, una encerrona. Aquí pareciera que no hay enemigos que planteen una alternativa a la democracia, al menos en Europa, aunque las migraciones pueden generar ese enemigo, introduciendo el radicalismo islámico. Hay descontento con las políticas neoliberales y enojo con la clase política, pero los europeos saben que salirse del euro puede tener consecuencias dramáticas.

Daniel Gaxie: – Al mismo tiempo, hay un problema importante de escalas: es el enorme condicionamiento externo que tienen los gobiernos nacionales para responder a estos desequilibrios y demandas internas. Es lo que estamos viendo en Grecia, la gran contradicción y dilemas a los que se ve enfrentado un gobierno de izquierda radical, como el de Syriza. Debe enfrentar un poder supranacional que pretende imponerle condiciones económicas inaceptables, pero precisa algún tipo de negociación o acuerdo con ese poder supranacional para avanzar con su programa.

Angelo Panebianco: – Nadie sabe aún cómo funciona una democracia multi-lingüística en la dimensión multinacional o supranacional. ¿Cómo hablar entre sí y cómo hacerlo con ciudadanos que hablan distintas lenguas, sin intérpretes?

Europa se unifica a partir de su diversidad. Pero ¿cómo crear un “*demos europeo*”? es muy difícil hacerlo. ¿Cómo defender una cultura de la diversidad, frente a la tendencia a homogeneizar mercados, culturas, identidades? El sistema de la Unión Europea es muy burocrático, debe transformarse en algo más flexible, poner coherencia sobre la gran diferencia entre sus países y economías. Las instituciones europeas son un sistema complejo de instituciones y burocracias –en un sentido, estas fueron necesarias para avanzar en la integración; pero en un punto, esa misma burocracia se vuelve en contra al volver incomprensible quién y cómo decide qué para el común de los europeos. Y ello ocurre, además, en un mundo que asiste a la declinación de la hegemonía estadounidense, sin liderazgos globales, con más entropía, más desorden internacional y movimientos de protesta de izquierda y de derecha.

Daniel Gaxie: – Hay una cuestión en torno a dónde reside hoy el poder soberano. Vivimos una gran contradicción. Los problemas globales repercuten a nivel local, las soluciones que se exigen deben ser nacionales. Y como esas respuestas nacionales no llegan, la gente reacciona frente a los gobiernos nacionales. Surgen así movimientos sociales de protesta frente al liberalismo económico y sus consecuencias sociales y políticas en la escala nacional. Estos movimientos pueden crecer, hasta pueden ganar elecciones, despiertan simpatías y adhesiones porque reflejan el descontento y la voluntad de cambiar ese estado de cosas, pero cuando llegan al poder, se ven ante la misma situación: no tienen margen para aplicar sus programas. Y esto es porque el estado nacional no es el mejor experimento político para los tiempos que corren, lo fue en su momento, pero ya no lo es. Al mismo tiempo, nadie seriamente puede plantear reemplazarlo o eliminarlo. Hace falta ser realistas y encontrar nuevos y más flexibles sistemas, democracias que puedan actuar en los distintos niveles y escalas, local, nacional y supranacional.

Angelo Panebianco: – El problema de estos movimientos sociales es que no logran percibir dónde está el poder; protestan, reaccionan, pero es difícil encontrar el sitio al que es preciso acceder para cambiar la situación: ¿el Palacio de Gobierno?, ¿el Eliseo?, ¿el Palacio Chigi? ¿en Bruselas y Estrasburgo? ¿en Frankfurt y Berlín? En Madrid o Barcelona con el triunfo de Podemos es diferente, son gobiernos locales. La debilidad de estos movimientos es que no pueden articular un programa nacional y si lo hacen, llegan al poder y ocurre lo que le está ocurriendo al primer ministro de Grecia Alexis Tsipras en su país. Es cierto que la gente prefiere líderes que vengan de fuera de la política profesional cuando ésta no muestra sensibilidad y capacidad para resolver los problemas, pero luego al verlos en la gestión, van hacia quienes tienen más experiencia. Iremos, creo, hacia una nueva mezcla de liberalismo y democracia, que tendrá

diferentes traducciones en cada país, con otro tipo de partidos, más amplios y flexibles. Como decía Gramsci, “pesimismo de la razón, optimismo de la voluntad”...

Daniel Gaxie: – Hay un escenario, creo yo, aún más preocupante. En Francia, la reacción frente a los inmigrantes puede derivar en situaciones no muy distantes a las de una guerra civil. Hay ya dos o tres generaciones de inmigrantes implicadas, forman parte de la sociedad francesa, pero empiezan a vivir separados, en comunidades segregadas unas de otras. Del otro lado, movimientos en contra de los extranjeros, que agitan los miedos y exacerbaban el racismo. Si el Frente Nacional alcanzara el gobierno y pretendiera implementar sus políticas restrictivas a los inmigrantes, quitando beneficios sociales, por ejemplo, ello podría generar reacciones violentas.

Colaboraron Mariana Prats y Gerardo Scherlis.